

# Reflejos del Edén

*Mis años con los orangutanes de Borneo*

Biruté M. F. Galdikas

# Índice

Nota de la autora .....	7
1. Akmad .....	11
2. La selección natural .....	35
3. Los Ángeles .....	57
4. Louis .....	77
5. Kalimantan .....	109
6. Beth .....	147
7. Cara .....	173
8. Sugito .....	199
9. Gran Papada .....	225
10. Georgina .....	255
11. Idas y venidas .....	279
12. Todo queda en familia .....	303
13. Una realidad aparte .....	329
14. El destino de Cara .....	361
15. Tanjung Puting .....	393
16. El momento decisivo .....	423
17. Binti .....	457
18. Rod .....	491

19. Maud .....	519
20. Gara .....	547
21. Parientes .....	579
Fotografías .....	619
Reconocimientos .....	635

## I. Akmad

*Y el final de toda nuestra exploración  
será llegar donde comenzamos y  
conocer el lugar por primera vez.*

T. S. Eliot

«AKMAD» Y YO ESTÁBAMOS solas en el extremo del gran bosque de Borneo, la segunda selva tropical del mundo en extensión. Akmad acababa de dar a luz y su dulce y alargado rostro de orangután, con sus rasgos delicadamente grabados, se veía cansado. El sol del atardecer brillaba misteriosamente entre el largo pelaje castaño de su cuerpo y enmarcaba su silueta en un halo incandescente.

Quise fotografiar el rostro diminuto, arrugado y desnudo del recién nacido. Avancé apoyada en las rodillas y en los codos y enfoqué la cara de elfo del bebé, pegado al pecho de su madre. Alargué la mano con cuidado y lo cambié de postura. Su pelo naranja resplandeciente, recién secado de los líquidos de la placenta, era suave y mullido y contrastaba con el rojo intenso, casi caoba, del pelaje de su madre, más largo y áspero. Pese a haberlo tocado, el bebé siguió reposando tranquilo en brazos de su madre. Los ojos pardos de Akmad, transparentes, permanecieron inexpresivos. Parecía no darse cuenta de que yo tenía la mano apoyada en el recién nacido. Cuando alargó el brazo para coger una piña tropical, me rozó la pierna descuidadamente, casi como si yo no existiera. La luz suave y mágica, propia del atardecer de Borneo, bañaba la escena de un tono dorado. Fue un momento que quedó fijo en el tiempo.

Otros orangutanes empezaron a salir de los árboles y avanzaron por la pasarela de palo de hierro que va del Campo Leakey, mi base de investigación en el bosque, al río Sekonyer Kanan, a unos doscientos metros de distancia. El señor Achyar, intendente del campamento, apareció empujando un carro de comida. De unos cuarenta años y muy flaco, como una sombra, caminaba con el porte lento, pero decidido, típico de los indonesios más mayores. Su camiseta de los Green Bay Packers, descolorida por el sol ecuatorial y las palizas que le daba, en nombre de la limpieza, cuando la enjabonaba, era un recordatorio de que el mundo exterior se entrometía incluso aquí, en Borneo.

Al pasar junto a nosotros, con un gesto de deferencia, el señor Achyar me dedicó un saludo girando el torso por la cintura en una postura que recordaba las figuras de los murales del antiguo Egipto. Su reverencia reflejaba la cortesía típica de los dayakos tradicionales. Paradójicamente, estas personas, las más amables y corteses que pueda haber, eran antaño fieros cazadores de cabezas, los «salvajes de Borneo».

El señor Achyar se puso a cantar y el hechizo se prolongó. Llamó a los orangutanes con un sonsonete, como una salmodia de un ritual antiguo, recitando los nombres de los orangutanes excautivos como si invocara a unos espíritus. Su voz se elevó sobre los árboles: «Pola, Kusasi, Hani, Kuspati, Siswoyo».

El señor Achyar llevaba siete años dando de comer a los orangutanes adultos excautivos en el Campo Leakey. De todos mis ayudantes dayakos, Achyar era en quien los orangutanes tenían más confianza. Muchos indonesios lo llamaban *pawong*, el que tiene poder para llamar a los animales silvestres. No tenía hijos propios y había desarrollado una relación especial con los orangutanes, de quienes hablaba como si fueran sus hijos. Mientras se movía entre ellos y se aseguraba de que todos recibieran una porción igual

de arroz, plátanos y piñas, demostraba la devoción que sentía por aquellos primates. Aunque el señor Achyar era delgado y caminaba algo encorvado, él era el macho dominante en la jerarquía particular de aquellos orangutanes. Los gigantes machos salvajes que venían a menudo al campamento, atraídos por las hembras, delegaban en él.

En los trópicos, el atardecer termina de repente y advertí que tenía que apresurarme. Ajusté el objetivo de mi Nikon y disparé rápidamente. Quería plasmar aquel momento, celebrarlo con el bebé hembra todavía sin nombre en el día de su nacimiento.

Para tomar una foto más clara, retrocedí unos tres o cuatro metros con respecto a Akmad y a su hijita y me agaché. A la bebé se le había enganchado un trozo de helecho en el pelo y le tapaba la cara. El señor Achyar estaba cerca, cortando piñas en cuatro trozos. Estaba más cerca de Akmad que yo. En susurros, como requería el momento, le pedí que le quitara el helecho. Acurrucada en el regazo de la madre, la bebé dormía apaciblemente y sus diminutos dedos agarraban con fuerza unas hebras del pelaje de Akmad.

El señor Achyar se acercó pausadamente y alargó el brazo despacio para apartar la hierba. Akmad parecía ajena a esta maniobra. Mis dedos se cerraron alrededor de la lente, preparándola para una nueva toma. La luz dorada del atardecer se mantenía.

Ni el señor Achyar ni yo habríamos imaginado nunca la reacción de Akmad a aquel simple gesto. Los dedos de mi ayudante no llegaron a tocar la cabeza de la recién nacida, pero Akmad retrocedió sin previo aviso. Enseñando los dientes, explotó. Se le erizó el pelo, con lo que parecía tres veces más grande, y se abalanzó sobre el señor Achyar con unos brillantes colmillos. La expresión de ternura había desaparecido de su rostro. Para tratarse de una hembra adulta, Akmad no era grande; pesaba unos treinta kilos. Sin embargo, sus músculos tensos y poderosos proporcionan a

las orangutanas la fuerza de cinco hombres. Las hembras son capaces de arrancar un brazo o el cuero cabelludo a una persona. Si el señor Achyar no hubiese sido tan ágil, lo habría mutilado gravemente. Sin embargo, el hombre retrocedió de un salto y Akmad detuvo en seco el ataque. Tras haber dejado claras sus intenciones, se sentó de nuevo y cogió el trozo de piña que estaba comiendo. Su rostro volvía a estar inexpresivo.

Pasmado, el señor Achyar miró a Akmad como si su propia hija se hubiese vuelto contra él. «Nunca, jamás», murmuró, perplejo. «Nunca me había atacado un orangután. Todos son mis hijos y amigos. Y Akmad es la más dulce de todos», suspiró. «Nunca habría pensado que me atacaría».

Me aproximé a Akmad y observé al bebé acurrucado contra ella. Sin dudarle un instante, alargué el brazo y le quité el helecho del pelo. Akmad ni siquiera parpadeó. Tenía los ojos fijos en otro punto, en algún lugar distante. Había regresado al universo en el que habitan los orangutanes.

Envalentonada, moví cuidadosamente a la pequeña y la coloqué en una posición mejor para poder tomarle otra fotografía con las últimas luces. Cuando tiré de ella, la bebé gritó. La mirada de Akmad, opaca y vuelta hacia dentro, no cambió. Me volví hacia el señor Achyar, que me observaba con atención. El asombro en su rostro era palpable. Yo también estaba sorprendida. Hasta ese momento, nunca había imaginado siquiera hasta qué punto me aceptaba Akmad.

QUINCE AÑOS antes, en 1971, cuando llegué a Kalimantan, la parte de Borneo que pertenece a Indonesia, mi propósito era estudiar los orangutanes en su hábitat natural, pero enseguida me involucré en el rescate y la reintegración de orangutanes nacidos en

libertad y capturados por los humanos para tenerlos como animales de compañía o venderlos a zoológicos, circos y laboratorios. Siempre he pensado que rescatar a los orangutanes es tan importante como estudiarlos. Al trabajar para devolver a los cautivos al bosque, intentaba eliminar el comercio de orangutanes cautivos en la zona y proteger así a los aún libres. Con el paso de los años, estas dos tareas a veces rivalizaron y otras veces se complementaron, pero nunca se confundieron.

Akmad fue una de las primeras excautivas que rescaté y que devolví a la selva. Aunque ya hacía varios años que vivía independiente, en ocasiones dejaba los árboles y venía al campamento a alimentarse de la comida que dábamos todos los días.

No advertí hasta aquel momento lo mucho que me identificaba con Akmad y lo profundamente vinculadas que estaban nuestras vidas. Akmad empezó su vida como una orangutana libre y volvió al bosque, pero una parte de su vida fue totalmente distinta de la experiencia de los orangutanes que habían estado siempre en el gran bosque de Borneo. De joven, los humanos la habían capturado. Cuando la liberé, decidió quedarse un tiempo en mi campamento como hija adoptiva pero volvió gradualmente al bosque y a la libertad, que eran sus derechos naturales.

Como Akmad, yo también tuve una vida radicalmente distinta de la de mis familiares, mis compañeros de la infancia y mis amigos y conocidos de la universidad. Dejé las experiencias y la cultura de mi juventud para vivir como adulta en Kalimantan. Sin embargo, mi estancia allí me dio una percepción más profunda de la vida y de la juventud que había dejado atrás. Como Akmad, había sido tocada por dos mundos, el de los humanos y el de los orangutanes. Adquirí experiencia de la selva, aprendí de los primates superiores y de los dayakos, que son los nativos de Borneo, y luego,